

Ra.
307

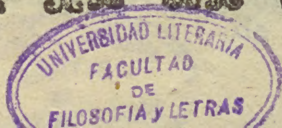
HISTORIA VERDADERA DE LA MUERTE, Y HECHOS DE LOS SIETE

INFANTES DE LARA,

CON LA VIDA DEL NOBLE Caballero Conde Fernan Gonzalez.



Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta de Manuel Nicolàs Vazquez, en calle Genova.



AQui comienza la Historia breve, sacada de las sumas de las Coronicas de España, de lo que hizo el noble, y esforzado Caballero el Conde Fernan Gonzalez, con gracia, y esfuerzo, que Dios le diò, el qual fue desde su niñez mui buen Caballero, è hizo muchas cosas de armas en el tiempo del Rey Don Ramiro Segundo, y el Rey Don Ordoño el Quarto, y el Rey Don Sancho el Primero; y en fin hizo Dios por èl un gran Milagro, segun por su Historia verèis. Y assimismo và aqui la Historia de los Nobles Caballeros, y Hermanos los siete Infantes de Lara, y como fueron muertos en batalla por los Moros en el Reino de Cordoba, en tiempo del Rey Almanzor, y esso por causa de un Tio, que se decia Ruy Velazquez. Estos Infantes fueron mui esforzados, y mataron muchos Moros; y en fin, fueron vengados por un hermano suyo, bastardo, que se llamaba Mudarra Gonzalez, que su Padre tuvo en una Mora, estando captivo en Cordoba. Y por dar principio à las cosas, ordenamos esta Historia, para que las gentes la lean, y tomen placer.

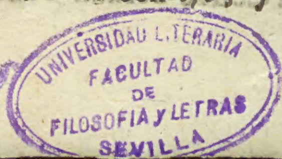
CAPITULO I.

Del Rey Don Ramiro Segundo, y de las grandes cosas, que en su tiempo acaecieron, y de como mandò sacar los ojos à su hermano Don Alonso, y tres Sobrinos suyos; y de las cosas, que en su tiempo el Conde Fernan Gonzalez hizo.

EL Rey Don Ramiro Segundo comenzò à reinar en el año de el Señor de novecientos y un años, y reinò diez y nueve años: y en el comienzo de su Reinado juntò un grande Exercito para ir sobre los Moros, y Don Alonso el Monge saliò de el Monasterio, y juntò consigo toda la gente, que pudo, y fuesse para Leon, y alzòse con la Ciudad, y tornòse à llamar Rey; y luego como Don Ramiro lo supo, vino sobre èl con toda la gente que tenia, para ir contra los Moros, y pusole cerco, y tuvole dos años cercado: y al fin se la huvo de dar contra todo su gusto, y èl lo mandò prender, y meter en hierros. Y

en este tiempo alzaronse en Asturias Don Alonso, Don Ordoño, y Don Ramiro, hijos del Rey Don Fruela, y alzaron por Rey à Don Alonso el Mayor, con consejo de los Asturianos. Y como el Rey Don Ramiro lo supo juntò su Exercito, y fue para Asturias, y peleò con sus Sobrinos, prendiòlos, y traxolos en hierros à Leon, y pusolos con Don Alonso su hermano. Y de alli à pocos dias mandò sacar los ojos à Don Alonso, su hermano, y sus sobrinos, è hizo cerca de Leon un Monasterio, llamado San Julian, y mandolos poner en èl, y dar todas las cosas, que huviessen menester, y hasta que murieron: y despues de esto el Rey Don Ramiro fue à correr la Tierra de Toledo, y puso cerco sobre Madrid; y combatieronla de tal manera, que rompiò los muros, y entròla por fuerza de armas, y haviendola saqueado, llevò cautivos à los moradores de ella, y luego entrò una gran muchedumbre de Moros à correr la Tierra de Castilla; y el Conde Fernan Gonzalez enviòlo à decir al Rey Don Ramiro, el qual junto su Exercito, y el Conde Fernan Gonzalez juntòse con el Rey, y fueron à dar batalla à los Moros, y hallaronse en Tierra de Osma, donde los Moros fueron vencidos, y tantos de estos muertos, y pressos, que no se pudieron contar. Y despues de esto, el Rey Don Ramiro se fue para Zaragoza, y el Conde Fernan Gonzalez con èl; y como el Señor de Zaragoza supo su venida, hizòse vassallo del Rey Don Ramiro, y diòles mui grandes presentes, y el Rey Don Ramiro se volviò para Leon: y como el Señor de Zaragoza supo que el Rey era vuelto en su Tierra, hizo saber todo lo passado al Rey de Cordoba, cuyo vassallo èl era, el qual juntò gran numero de gente, y vino à correr la Tierra de Valladolid, y vino con èl Señor de Zaragoza, y como el Rey Don Ramiro lo supo, vino contra ellos, y venciòlos, y murieron de los Moros ochenta mil, y fuè presso el Señor de Zaragoza, y muertos muchos con èl, y el Rey Abderramen de Cordoba escapò huyendo con hasta veinte de caballo, y metiòse en el Castillo de Albendiga, y el Rey Don Ramiro cogiò el campo, donde llevò mui grandes riquezas, y volviòse à su tierra con mucha honra. Y despues de esto, juntaronse los Moros, con consejo, y ayuda

de



de dos malos Caballeros, el uno Fernan Gonzalez, natural de la Tierra de Leon; y el otro Diego Nuñez, entraron con gran poder por la Ribera de Tormes, que corre por Alva, y por Salamanca, y Ledesma, y corrieron toda la Tierra, y tomaron muchos Castillos, y Lugares. Y el Rey Don Ramiro tuvo mayor sentimiento, despues que fue certificado, que sus Ricos Hombres ayudàban à los Moros à la entrada, y juntò su Exercito, y pelcò con los Moros, y venciòlos, y echolos de la Tierra, y prendiò à Fernan Gonzalez, y Diego Nuñez, y mandòlos poner en hierros; al uno en Leon, y al otro en el Castillo de Gordon, y tuvolos assi algunos dias pressos: los parientes, y amigos de los dichos Caballeros comenzaron à alborotar el Rèino, en tal manera, que el Rey los huvo de mandar soltar, con pleito omenage, que de ellos recibiò, que siempre lo servirian como buenos, y leales vassallos. Y el Rèy los perdonò, por no dàr lugar à la guerra, que con sus vassallos esperaba haciendo lo contrario. En este tiempo casò el Rey Don Ramiro à su hijo Don Ordoño con Doña Urraca, hija del Conde Fernan Gonzalez.

CAPITULO II.

Como el Rey Don Ramiro, despues de haver corrido la tierra de Talavera, y muerto muchos Moros, y otros cautivado, mandò hacer tres Monasterios à servicio de Dios.

Despues de esto, deseando servir à Dios, y queriendo ensanchar sus Reinos, juntò su Exercito, y fue sobre Talavera, y los Moros vinieron à socorrerla, y pelcò con ellos, y los venciò, y matò mas de tres mil, tomò mil cautivos, y volviòse à su Tierra, y comenzò à entender en las cosas de su anima, y dar grandes limosnas, è hizo tres notables Monasterios. El uno en la Ribera de Cea à honra de San Andrès, y de San Christoval, y el otro en la Ribera de Duero à honra de nuestra Señora. El tercero en Valduerna à honor de San Miguèl Archangèl.

En el quarto año del Reinado de este noble Rey Don Ramiro, el Conde Fernan Gonzalez tomò por fuerza de armas el Casti-

Castillo de Zaragoza, que es à siete leguas de Burgos; que los Moros tenian.

CAPITULO III.

Como el Conde Fernan Gonzalez, andando tràs un puerco montès, hallò una Hermita, y como un Monge de ella le dixo de la batalla, que havia de tener con el Rey Almanzor.

EN el año siguiente quiso ir à correr Tierra de Moros: y entanto que la gente se juntaba en Lara, fue à montear à aquella parte, donde ahora es San Pedro de Arlanza: y hallò un puerco mui grande, y corriò tanto tràs èl, que se perdiò de los suyos, y siguiòlo hasta que se metiò en una Hermita, tan antigua, que estaba toda cubierta de yedra, y la espesura era tan grande, que no pudo entrar à caballo, y el Conde se apeò, y entrò en la Hermita, y vìdo estàr el puerco cerca del Altar, y el Conde marabillòse mucho de ello, y no le quiso herìr, è hizo su devota oracion al Altar. Y en esta Hermita vivian tres Monges de vida mui estrecha; el uno de ellos llamado Pelayo, se vino para èl, y le preguntò quien era, y èl se lo dixo, y Frai Pelayo le rogò, que fuesse su huesped esta noche, y el Conde se lo otorgò. Y otro dia de mañana, el Monge Pelayo dixo al Conde, que se fuesse en hora buena, y tuviesse alegria, y esforzasse su gente, y fuesse cierto, que tendria gran batalla con Almanzor, y lo venceria, y tendria mucha sangre derramada, y seria tan grande su buena andanza, que por todo el Mundo sonaria: y supiesse, que havia de ser preso dos veces, y antes de tres dias veria tal señal, que no seria hombre de los suyos tan esforzado, que no tuviesse gran temor: pero dixo el Monge, tu los esforzaràs, y animaràs de tal manera, que lo perderan. Y quando tu llegares, los hallaràs mui tristes, haciendo gran llanto, pensando, que eres muerto, ò preso. Y ruegote, que despues que huvieres el campo vencido, te acuerdes de esta compañia lacerada, que en esta montaña vivimos. Y el Conde le respondiò: Fray Pelayo, si Dios de esta batalla me saca,

no perdereis el ſervicio, que me haveis hecho. Aſsi el Conde ſe deſpidiò del Monge, y ſe fue para Lara, donde hallò ſu gente toda llorando, creyendo que èl fueſſe muerto, ò preſſo, y luego el Conde les contò todo lo que havia acontecido con el puerco, y lo que el Monge Pelayo le havia dicho, de que todos fueron mui contentos. Y otro dia de mañana, el Conde mandò ſalir ſu Exercito, y era tan poca ſu gente, en comparacion de los Moros, que havia cinco para uno, y trahian los Moros muchas trompetas, y añafiles, y atambores, y hacian tan gran ruido, que parecia, que alli venia todo el mundo. El Conde eſtaba quedo con ſu gente bien ordenada, y un Caballero ſuyo puſo las eſpuelas al caballo, y abriòſe la tierra, y ſumiòſe el Caballero, de que todos los del Exercito de el Conde quedaron mui eſpantados, y el Conde les dixo: Yo os ruego, que no querais enflaquecer, ni deſmayar. que pues la tierra, que es tan dura no nos puede ſufrir, mucho menos nos ſufriràn nueſtros enemigos; y pues que todos ſois Hijoſdalgos, y buenos, y peleais contra los enemigos de la Santa Fè, y defenſa de ella, haced vueſtro deber, que mucho ha que yo eſperaba eſte dia, y eſpero en Dios, que oy ganarèmos la mayor honra, que tan pocos Caballeros jamàs ganamos, Y mandò luego mover las batallas, y fue à herir en los Moros, tan animoſamente, que fue marabilla, y fue la batalla mui duramente herida por ambas partes; pero al fin los Moros huyeron, y el Conde, y ſus gentes fueron en el lance, matando, è hiriendo tantos, que ſeria grave coſa de creer, y en el Real de los Moros hallò tanto oro, plata, joyas, y ropas, y armas, caballos, y mulas, que todos los del Conde quedaron deſde entonces ricos. Y vencida eſta batalla, enviò gran preſente de oro, y plata al Monge Pelayo, y mandòle, que alli hicieſſe un Monaſterio, el qual es aquel, que oy ſe llama San Pedro de Arlanza, y partiòſe para Burgos, donde holgò algunos dias, y mandò curar los heridos.

En el año del Señor de novecientos y ſeis años, entraron los Reyes Abderramen de Cordoba, y Albenaya de Zarazoga, por tierra del Rey D. Ramiro, con mui grande exercito, y el Rey deſpues que lo ſupo, ſaliò con ſu Exercito, y pelcò con ellos, y los venciò, y murieron en la batalla ochenta mil Moros, y fue preſſo el

el Rey de Zaragoza, y Abderramen de Cordoba escapò huyendo. Y el Rey Don Ramiro partiò de alli con mucha honra, y grandas thesoros, y joyas mui ricas, y llevò cautivo consigo al Rey de Zaragoza.

CAPITULO IV.

Como el Conde Fernan Gonzalez enviò à desafiar al Rey Don Sancho de Navarra.

EN el año de Nuestro Señor de novecientos y ocho años, el Conde Fernan Gonzalez enviò à llamar todas las gentes de Castilla; y quando los tuvo juntos, enviò un Caballero de su casa al Rey Don Sancho de Navarra, enviandole à rogar, y requerir, que quisiesse enmendar algunos agravios, que à los Castellanos tenian hechos: mandòle, que si el respondiesse sin efecto de lo que pedia, lo desafiasse. Y el Rey de Navarra con mal consejo, le respondiò: Amigo, decid al Conde Fernan Gonzalez, que yo le mejorarè cosa de lo que me manda, y que me marabillo de que mande estas cosas; mas creo, que lo hace con la victoria, que de los Moros tuvo. Entonces el Caballero lo desafiò de parte del Conde, y el Rey le respondiò: Decid al Conde, que fue mal aconsejado en desafiar, y que lo tengo por loco, y con esta respuesta el Caballero se volviò al Conde, y le contò todo lo que el Rey respondiera, y luego el Conde mandò llamar sus Ricos Hombres, y Caballeros, y les dixo la respuesta, que el Caballero traia.

CAPITULO QUINTO.

De la batalla, que tuvo el Conde Fernan Gonzalez con el Rey Don Sancho de Navarra, y de como le matò de un golpe de lanza, y èl quedò mal herido.

HAviendo tenido su consejo, como quiera que muchos eran de contraria opinion, el Conde determinò de hacerle guerra, y dentro de su tierra presentar la batalla, y luego juntò su

Exer-

Exercito, y fuè à entrar en Navarra, y entrando quanto una jornada, como el Rey Don Sancho lo supo, saliò con su Exercito mui presto, y vinòse para un lugar, que llamaban la Era Degollada. Y como el Conde supo la venida del Rey, saliò con su Exercito, y ordenò sus hileras, y èl hizo otro tanto; y la batalla, q̄ entre ellos se diò, fue tan cruelmente por ambas partes herida, que estuvo en gran duda quien tendria la victoria; pero al fin se hallò el Conde con el Rey, y ambos à dos se dieron tales golpes con las lanzas, que cayeron en tierra; pero la herida del Rey fue tan grande, que luego muriò, y el Conde quedò mal herido: pero luego fue socorrido de los suyos, puesto en un caballo, y luego el Conde esforzò los suyos, rogandoles procurassen vencer, que su herida no era mortal. Y ellos lo hicieron de tal manera, que los Navarros dexaron el campo, y fueron muchos muertos, y pressos, y el Conde mandò llevar mui honradamente el cuerpo del Rey Don Sancho de Navarra.

CAPITULO SEXTO.

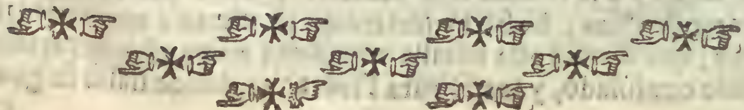
De la batalla, que tuvo el Conde Fernan Gonzalez con los Condes de Tolosa, y Poytiers, y como matò al Conde de Tolosa.

MUerto el Rey D. Sancho, los Condes de Tolosa, y de Poytiers llegaron con gran Exercito, que venian para ayudar al Rey; y quando supieron su muerte, tuvieron de ello mui gran pesar, y embiaron à decir al Conde Fernan Gonzalez, que querian tener batalla con èl; y como esto oyò, mandò aparejar toda su gente para darles batalla, de lo qual sus Caballeros fueron mal contentos, assi por la vida trabajosa, que tenia, como por vèr al Conde mal herido. Y acordaron, que un Caballero llamado Nuño Laynez, de parte de todos le dixesse, en quanto peligro ponia su persona, y Estado en querer dar batalla, estando tan gravemente herido, y teniendo sus gentes tan cansadas, y fatigadas, le pedian por merced que quisiesse curar de sì, y de los suyos. El Conde respondiò: D. Nuño, bien dicho es lo que decis; pero yo conozco bien los Franceses, y si nosotros venimos cansados, yo l

en-

embiado à decir à los Moros, que echassen aquella hora el ganados, ellos no vienen holgados, y soi cierto, que si mas esperamos, que tenga gente, que venga en su ayuda, q̃ por ventura no los podrèmos sufrir, y quiero mas pelear luego con ellos, y esperar la ventura, que Dios querrà darnos, que atender el poder de los Franceses; por donde decid à los Caballeros, que se esfuercen, tengan placer, y se apresten, como dellos espero: q̃ tal qual estoi, quiero dar luego la batalla. Y oida la respuesta del Conde, acordaron todos aquellos ser lo mejor. Y luego juntò su Exercito, y se fue para el lugar donde estaban los Condes de Tolosa, y de Poytiers con todos los de Navarra: los Castellanos fueron en mui grande peligro à un passo de un rio, que le defendian los Franceses, y Navarros; pero con todo esso, se esforzaron tanto, que passaron el agua à pesar de todos ellos. Y como fueron passados, el Conde Fernan Gonzalez ordenò sus hileras, y fue à herir en sus enemigos, y la batalla fue por ambas partes mucho peleada, tanto, que estuvo gran pieza en peso; pero al fin el Conde Fernan Gonzalez esforzò mucho à los suyos, y andaba dando voces por la batalla, llamando al Conde de Tolosa, que viniesse à pelear con èl; y como el Conde lo oyò, vinòse para èl, apartandose de los suyos, y dieronse ambos à dos de las lanzas, y el Conde de Tolosa fue de tal manera encontrado, que luego cayò muerto en tierra, y los suyos fueron huyendo, y en el alcance fueron de los suyos pressos trecientos Caballeros. Y desde que el Conde Fernan Gonzalez huvo arrancado el campo, por su mano desarmò al Conde de Tolosa, y mandòle cubrir de un rico paño de oro, y llevòlo consigo, è hizòlo poner en un atahud mui ricamente guarnecido, y mandò soltar à todos los prisioneros, y diòles moneda para su camino, y tomòles la fee, que no se partiessen del Conde,
hasta ponerlo en su tierra.

***



CAPITULO SEPTIMO.

De como el Rey Almanzor apellidò los Moros de Africa para venir à España contra el Conde Fernan Gonzalez.

EN el año del Señor de novecientos y diez años, Almanzor, aquel que el Conde Fernan Gonzalez havia vencido, passò al Africa y apellidò todos los Moros, y Turcos, rogandoles, que quisiessen passar à España, por ayudarle à vengar la injuria, que el Conde Fernan Gonzalez le havia hecho, y juntò gran poder, y passò con ellos à España. El Conde Fernan Gonzalez despues que supo su venida, hizo llamamiento general por toda Castilla, y juntò su gente en Piedrahita, y de alli se partiò secretamente con dos de à caballo, y se fue à San Pedro de Arlanza, por hablar al Monge Fray Pelayo, que le havia dicho todo lo que le havia acaecido, y le hallò muerto, de que tuvo gran pesar, y entrò en la Iglesia, y con gran devocion vertiò muchas lagrymas, suplicando à nuestro Señor quisiesse librar à Castilla del poder de los enemigos de la Santa Fè: y estando en esta oracion, durmiòse, y apareciòsele el Monge Pelayo, y dixole: Duermes, Fernan Gonzalez? Levantate, y vete à gran priessa para tu gente, que Dios te ha otorgado quanto le demandaste. Sabe, que venceràs à Almanzor, à todo su poder; aunque perderàs gran parte de tu compañia. Y aun te digo mas, que nuestro Señor enviarà en tu ayuda al Apostol Sant-Iago, y à mi con muchos Angeles, y apareceremonos todos en la batalla con armas blancas, y cada uno traherà la Cruz en su Pendon; y con esta vision el Conde despertò mui alegre, y oyò una voz, que le dixo: Levantate apriessa, y vete tu via, y no dès treguas, ni paz à los Moros, y haz de toda la gente tres partes, y entraràs tu con los menos de parte de Oriente, y serè yo contigo; y la segunda à la parte de Occidente, y aì serà Sant-Iago, y à la tercera serà Millàn; y sabe, que te digo esto de parte de Dios, si assi lo hicieres, sè cierto, que venceràs, y sabe, que durarà esta batalla tres dias; y con esto se partiò el Conde consolado, y fuesse para Piedrahita, donde hallò su gente

en gran turbacion, porque no sabian, què fuesse de èl, el qual dixo donde venia, y todo lo que le havia acaecido, con que todos fueron alegres. Y alli el Conde les hablò, mostrandoles quanto les convenia ser buenos, pues en ello les iba la vida, y la honra, que mucho mejor les seria la muerte, que consentirse prender. Y ordenò, que qualquiera que à prision se diesse fuesse tenido por traidor; y fuesse toda la gente, que el Conde alli tenia, quinientos de acaballo, y quince mil peones. Y en este dia estuvieron en sus tiendas, aderezando cada uno lo que havia menester. Y otro dia, antes que amaneciesse, haviendose todos confessado, y oido Missa, salieron al campo, y el Conde ordenò sus hileras, en la forma, que S. Millàn le mandò; y los Moros otro si. Y la batalla se comenzò, la qual durò tres dias, que se pudieron vencer, en el qual tiempo murieron muchos de los Moros, y pocos de los Christianos. Y al tercero dia el Conde Fernan Gonzalez, como quiera que estaba herido, y mui cansado de los dias passados, esforzò muchos los suyos, y peleando assi como valiente Caballero, hallòse en la batalla con un Rey Moro, el mayor Principe, que entre ellos venia, y lo matò: y como los Moros vieron aquel Rey muerto, comenzaron à pelear mas valientemente, entonces los Christianos se vieron en grande peligro. El Conde andando peleando oyò una voz, que dixo: Conde, no desmayes, que grande ayuda te viene; y el alzando los ojos, viò cerca de sì al Apostol Sant-Iago, con mui grande compañia de gente de armas cruzados: y quando los Moros lo vieron venir contra sì fueron mui espantados: los Christianos se esforzaron tanto, que los Moros comenzaron à herir, y los Christianos los siguieron, y mataron, y prendieron tantos, que fuè cosa marabillosa, y durò el alcance tres dias. Y despues que el Conde volviò al campo donde la batalla acaeciò, eran tantos los muertos, que no era cosa de creer, y los suyos acordaron de apartar los Christianos, para llevarlos à enterrar à sus tierras, y el Conde les dixo, que era cosa mui dificil de hacer, y que les rogaba, que todos se entrassen en aquella Hermita de San Pedro de Arlanza, donde èl entendia, y todos tuvieron por bien de hacer lo que el Conde decia: y assi lo pusieron por obra, y de alli se partieron para sus tierras ricos, y mui honrados, y el

 Con-

Conde se fue para Burgos, donde posò algunos dias.

CAPITULO OCTAVO.

Que trata de la muerte del Rey Don Ramiro.

DEspues de estas cosas acabadas por este noble Rey D. Ramiro, y muchas mas, de que su Chronica hace mencion, fue en Romeria a San Salvador de Oviedo, y adolesciò, y mandose llevar à Leon, y alli despues de haver recibido los Sacramentos con grande devocion, diò el alma à nuestro Señor el dia de la Epiphania del año del Señor de novecientos y veinte.

CAPITULO NUEVE.

Del Rey Don Ordoño el Tercero de este nombre.

MUerto el Rey Don Ramiro, reinò su hijo Don Ordoño, que era casado con Doña Urraca, hija de el Conde Fernan Gonzalez, y comenzò à reinar en el año de el Señor de novecientos y veinte años, y reinò cinco años, y seis meses. Entonces el Infante Don Sancho, su hermano, que su Padre le havia tenido en la Reina Doña Teresa, hermana del Rey Don Garcia de Navarra, fuesse para Pamplona, por tener ayuda del Rey su Tio, y del Conde Fernan Gonzalez, para tener el Reino de Leon, y ambos à dos se la prometieron, y fueron por sus personas con grande Exercito, para ayudarle, y llegar hasta la Ciudad de Leon. Y Don Ordoño defendiò bien su Tierra, y ellos se volvieron, sin hacer lo que quisieron, à esta causa el Rey Don Ordoño dexò à su muger, la hija del Conde Fernan Gonzalez. En este tiempo, se levantaron los Gallegos contra el Rey Don Ordoño, el qual fue contra ellos, è hizolos cruel guerra, y matò muchos dellos, y metiòles debaxo de su Señorio como primero estaban. Y à poco tiempo despues huvo discordia entre el Rey Don Ordoño, y el Conde: y como los Moros lo supieron, vinieron sobre San Estevan de Gormaz, y corrieron la tierra hasta Burgos, y el Rey, y el Conde se acordaron, y el

el Conde fue con la Caballeria del Rey, y con la suya; y peleò con ellos, y venciòlos, y matò, y rindiò muchos de ellos. En este tiempo el Rey juntò grande Exercito para correr la tierra de Moros, y llegando a Zamora, adolesciò de tan grave enfermedad, que muriò, y fue llevado à Leon, y sepultado en el Monasterio de San Salvador.

CAPITULO DIEZ.

Del Rey Don Ordoño Quarto de este nombre, llamado el Malo.

DOn Ordoño el Malo, comenzò à reinar despues de Don Ordoño el Tercero, en el año del Señor de novecientos y veinte y un años. Reinò cinco años, fue hombre cobarde, y menguado, tuvo guerra con Don Sancho, y mataronlo los Moros cerca de Cordoba, donde huyò el Rey Don Sancho.

CAPITULO ONCE.

Del Rey Don Sancho el Primero, llamado el Gordo, y de la prission del Conde Fernan Gonzalez y del concierto con el Rey Don Garcia.

COmenzò à reinar el Rey Don Sancho en el año de el Señor de novecientos y veinte y cinco años, y reinò doce años. En el segundo año de su reinado hizo sus Cortes en Leon, y enviò à llamar al Conde Fernan Gonzalez, que fuesse à ellas. Y como quiera que le pesò, huvo de ir, y el Rey, y toda su Corte lo salieron à recibir, y se holgaron mucho con su venida, salvo la Reina, que lo desamaba mucho. Y el Conde llevaba ende un Azor mudado, mui bueno, y un singular Caballo, que havia ganado en la batalla del Rey Almanzor. Y el Rey se pagò tanto de aquel Caballo, y del Azor, que rogò al Conde que se los vendiesse. El Conde le respondiò, que no se los venderia, mas que se sirviesse de ellos. El Rey le dixo, que no los tomaria, salvo comprados, y que le daria por el Caballo, y por el Azòr mil

marcos de plata, ò lo que valiessen, segun la moneda de entonces, y pusieron dia señalado à que el Conde huvielle de ser pagado; y si no lo pagasse en aquel tiempo, que cada dia que se passasse se doblasse el precio: y sobre esto hicieron firme escriptura, sellada de ambos a dos, y partida por A. B. C. Y de alli la Reina habló con el Conde, que le haria dar por muger à su sobriea, hija del Rey Don Garcia de Navarra, lo qual dixo por engañarlo. Y alli el Conde se partiò para Castilla con este concierto, y el Conde escribiò luego al Rey de Navarra, pidiendole por merced le enviasse à decir, donde mandaba que se viessen para hablar en este casamiento. Y la Reina tenia ya tratado con el Rey de Navarra, que lo prendiesse, y acortasse la vida, y que fuesse con cada cinco Caballeros, y no mas: el Conde fue assi, y el Rey traxo treinta y cinco Caballeros bien armados; y quando el Conde lo vido assi venir, conociò la maldad, y fuesse a una Hermita, pensando poderse defender, donde se defendiò hasta que fue noche, y despues diòse à prission, con seguro de la vida, que el Rey le diò. è hizo alli nuestro Señor un gran milagro, que sonò una voz en el aire, y de subito se abriò la Hermita por medio, y el Altar que en ella estaba, y de alla llevò el Rey Don Garcia al Conde presso, y lo mandò poner en hierros, y soltò à los Caballeros, los quales se fueron mui desconsolados para Castilla.

CAPITULO DOCE.

De como un Conde Normando yendo à Sant-Iago, supo la prission del Conde Fernan Gonzalez, y como le fue à vèr, y à causa suya fue librado.

ESTando assi presso el Conde Fernan Gonzalez, acaeciò, que un Conde Normando vino en Romeria à Sant Iago, y oyò decir de la prission de el Conde Fernan Gonzalez. Y por la gran fama de su bondad, tuvo deseo de verle; y sabido como estaba en Castro Viejo, el Conde Normando tomò su viage para alli; y llegando à el Castillo diòle tales dadivas al Alcaide, y rogòle tanto, que le dexò vèr al Conde Fernan Gonzalez. Y despues

que

que los Condes huvieron gran rato hablado, el Conde Normando se apartò, y se fue para donde el Rey de Navarra estaba: y trabajò de vèr à la Infanta, à la qual en secreto dixo, como à causa suya se perdia uno de los mejores Caballeros del Mundo, y que no solamente este daño por ella se seguia, mas Castilla se perderia, y ganarla havian los Moros, en lo qual haria tan grande servicio à Dios, quanto ella veia, y por todo el Mundo seria vituperado: y si ella librasse al Conde Fernan Gonzalez, que ganaria gran corona, qual muger de España nunca ganaria; y tantas cosas le dixo el Conde Normando, que ella delibèrò de sacarlo de la prisión, siendo certificada, que casaria con èl; para lo qual tomò una Dueña suya, de quien mucho fiaba, y enviòla con gran secreto al Conde Fernan Gonzalez, enviandole à decir, que si la daba fee de casarse con ella, que lo sacaria de prision. Oida esta embaxada el Conde, fue mui alegre, y diòla fee en la fee, que le fue demandada, y la Infanta lo vino à vèr, y alli le demandò omenage, que sacandole de la prision, casaria con ella, y èl lo hizo luego, y la Infanta le dixo: Señor, venid conmigo, que yo tengo aparejado para llevaros. Y luego que fue anocheciendo, el Conde, y la Infanta salieron del Castillo, y tomaron su via para Castilla; y como fueron ya desviados gran trecho del Castillo dexaron el camino Francès, y metieronse en el monte, y anduvieron quanto pudieron aquella noche; y porque el Conde no podia andar con los hierros, la Infanta lo llevò acuestas un gran trecho: y despues que fue de dia, metieronse en lo mas aspero del monte, y estuvieron assi escondidos, hasta que un Arcipreste, que andaba por alli à caza, los hallò, al qual rogaron mucho no los descubriesse, y le hicieron muchas promessas. El mal hombre dixo, que en todo caso los descubriria, salvo si el Conde le diesse lugar en tener à la Infanta à su placer, lo qual al Conde le pareciò mas grave de cumplir, que la muerte; y como la Infanta viesse, que por ruego, ni promessa no podia escapar, dixo al Conde: Señor, por salvar la vida, toda cosa es de hacer; y rogò al Conde, que se apartasse, y ella tomò al Arcipreste por la mano, y como el Arcipreste la quiso abrazar, la Infanta lo travò de tal manera, que le tuvo los brazos, y en esto el Conde llegò à gran priessa, y sacò un cuchillo;

que

que el Arcipreste tenia, y alli lo tomò, y le matò; y muerto el Arcipreste, montaron en su mula el Conde, y la Infanta, y tomaron su via, y llevaron consigo el Azor.

CAPITULO TRECE.

Del Consejo, que los Castellanos tuvieron para librar al Conde Fernan Gonzalez su Señor, y como lo librò la Infanta Doña Sancha.

YA havia un año, que el Conde estaba presso, los Castellanos havian tenido muchos consejos, en como pudiessen sacar a su señor de prision, y nunca se havian concordado. Y en este tiempo estaban todos juntos con intencion de morir, ò sacarlo, y los consejos eran diversos; los unos decian una cosa, y los otros otra. Entre aquestos estaba un Caballero, llamado Nuño Laynez, el qual dixo: Señores para esto poner en obra, à mi me parece, que nosotros debemos hacer una estatua de piedra, à la manera de el Conde nuestro Señor, y ponerla en un carro, y besarle la mano por Señor, y que todos hagamos omenage de nunca le desamparar, hasta que hayamos al Conde nuestro Señor, y todos le recibamos muerte en esta empressa; y el que volviere sin el a Castilla, que muera muerte de traidor. Y de este consejo pareciò à todos, y pusose todo assi por obra, y partieron todos los Caballeros de Castilla con toda la gente de a pie, que pudieron llevar, dexando recaudo en las fortalezas, continuaron su camino para Navarra, y passaron el Alarzon, y otro dia à Montesdoca, y otro dia fueron à Velforado, y otro dia de mañana, quanto una legua de alli, el Conde, y la Infanta que venian, y como oyeron el estruendo de tanta gente, tuvieron gran miedo, pensando que fuesse gente de Navarra que los buscasse. Y el Conde alzò los ojos, y mirò, y conociò su Bandera, y pusose mui alegre, porque creyò, que sus vassallos lo iban à buscar. Y entonces dixo à la Infanta, que tuviesse placer, que todos eran suyos, y la besarian la mano por Señora, y el Conde enviò un mancebo, que en el camino se le havia llegado, à decir à los Castellanos, como el Conde venia sano, y alegre, y

tra-

trahia consigo à la Infanta Doña Sancha. Con esta nueva, quien podria decir la alegria, que los Castellanos tuvieron en vèr à su Señor. Y desde alli se fueron à Velforado, donde honraron al Conde, y desde alli se partieron para Burgos, donde se hicieron las bodas del Conde, y la Infanta mui ricamente, y con mui grandes alegrias.

CAPITULO CATORCE.

De como el Rey Don Garcia de Navarra vino con grande Exercito à hacer guerra en Castilla, y como saliò à èl el Conde Fernan Gonzalez.

DEsde alli à poco tiempo el Rey D. Garcia de Navarra juntò su Exercito, y vino à correr à Castilla; y como el Conde Fernan Gonzalez supo su venida, llamò sus gentes, y salio de Burgos, y tomò el camino de Navarra, y huvieron batalla mui cruda, que durò desde la mañana hasta el medio dia, en que murieron muchos de ambas partes; y los Castellanos se iban venciendo, y el Conde lo esforzò quanto pudo: y andando peleando en la batalla, el Conde llamò al Rey Don Garcia, que se quiesse con èl dar de lanza, el qual vino para èl, y el Conde le hiriò de tal manera, que cayò del caballo, y fue presso; y despues que los Navarros lo supieron, dexaron el campo, y los Castellanos los siguieron, matando, y prendiendo muchos dellos, y el Conde se volviò à Burgos mui honrado, y traxo consigo à Don Garcia, y pusolo en prision, en la qual estuvo tres meses.

CAPITULO QUINCE.

De como la Infanta Doña Sancha trabajò tanto con el Conde Fernan Gonzalez, que librò à su Padre.

LA Condesa Doña Sancha trabajaba quanto podia por sacar à su Padre de prision, y el Conde no se lo queria dar. Y al fin los Castellanos le suplicaron tanto, que lo diesse à la Condesa, su hija, que el Conde lo tuvo por bien, y lo mandò sacar de la

prisión, è hizole muchos servicios, y mandòle dar caballos, y mulas, y vestir todos quantos con èl havian sido presos, y enviòlos à Navarra. Y el Rey de Navarra despues que fue de Castilla, hizo Cortes, y deliberò venir à hacer guerra al Conde Fernan Gonzalez: y en este tiempo vinieron los Moros à cercar à Leõ, y el Rey D. Sancho enviò à rogar al Conde, que le fuesse a ayudar, y fue con la gente, que consigo tenia, y mandò, que todos fuessen en pòs de èl. Y quando los Moros supieron su venida, levantaron el cerco, fueronse para Sant-Iago, comenzaron à correr la tierra, y el Conde tomò su gente, y no quiso llevar gente de Leon, y fuesse para Sahagun, de lo qual los Leoneses tuvieron gran enojo, y recibieronlo por injusticia: y como los Moros fueron certificados, que el Conde iba, levantaronse de alli con mui gran prèssa, que de gentes, y ganàdos llevaban. Y el Conde fue en pos de ellos, y quitòles la pressa, matò, y prendiò de ellos, y mandò volver la pressa à sus dueños, y el Conde con su gente sè volviò à Leon para el Rey; y como los Leoneses eran descontentos del Conde, porque no los havia llevado consigo, tuvieron ruido entre ellos, y la cosa llegò à tal manera, y punto, que se huviera de perder todo, salvo por el Rey Don Sancho, què los apaciguò, y entonces el Conde se volviò à Castilla.

CAPITULO DIEZ Y SEIS.

De como el Conde Fernan Gonzalez enviò al Rey Don Garcia de Navarra, le hiciesse enmienda de el daño, que le havia hecho.

EN tanto que èl Conde estaba en Leon, el Rey de Navarra entrò en Castilla, y corrio la tierra, y llevò de ella mui gran pressa, y despues que el Conde vino de Leon, y lo supo juntò sus gentes, y luego enviò à decir al Rey de Navarra, que le hiciesse enmienda del daño, que le havia hecho en su tierra, donde no, que lo desafiaba. El Rey respondiò, que no lo enmendaria en cosa alguna, antes lo vendria à buscar: y oida esta respuesta, el Conde fue azia Navarra con su Exercito, y como el Rey estaba apercebido, saliòle al encuentro, y se hallaron en un valle, que se llamaba

maba Valpatri, en la ribera de Ebro, y tuvieron alli su batalla en que fue vencido el Rey de Navarra, y mucha de su gente muerta, y pressa. En este tiempo estuvo el Conde dos años, que no fue à las Cortes de Leon: entonces enviò el Conde sus cartas al Rey diciendole, que le mandasse pagar lo que le debia de la compra que le hizo del caballo, y del Azor. El Rey le respondiò, que no estaban los maravedises cogidos, que los mandarie recoger, y se los enviaria. Los mensageros se fueron con esta respuesta, de la qual se holgò mucho el Conde, y passaron bien tres años de plazo, que el Rey havia de pagar, y pujò tanto la deuda, segun la postura, que toda España no la podia pagar.

CAPITULO DIEZ Y SIETE.

De como el Rey Don Sancho de Leon embiò à mandar al Conde Fernan Gonzalez, que fuesse à las Cortes de Leon.

DEspues de esto, el Rey Don Sancho de Leon enviò à decir al Conde, que fuesse à las Cortes de Leon, ò le dexasse el Condado, y luego que el Conde oyò esta embaxada, enviò à llamar à todos los Ricos Hombres, y Caballeros de Castilla: y dixòles la embaxada, que el Rey les havia enviado, y demandòles consejo de lo que dèbia hacer: y como quiera que los mas eran de acuerdo, que el Conde no fuesse à las Cortes, el Conde deliberò de ir, y les dixo: Parientes, y amigos, y leales vassallos, yo no soi hombre, que hago cosa que mal me estè; y si yo aora dexasse de ir à las Cortes, pareceria, que me levantaba con el Condado, y quitaba la obediencia, que al Rey debo, y por esto yo delibero de ir, aunque estoi bien cierto, que no puedo escapar de ser muerto, ò presso; pero mas contento soi de sufrir lo que venga; que hacer cosa fea, ni contra mi honor, y vosotros como buenos, y leales poned recado en la tierra. Y assi el Conde se partiò para Leon con solos siete Caballeros, ninguno lo saliò à recibir, lo qual el Conde tuvo por mala señal. Y el Conde se fue à Palacio por besar la mano al Rey, y el Rey no se la quiso dar, y dixòle: Retiraos allà, Conde, que mucho estais ufano, por las batallas que haveis havido: tres años ha que no venisteis à mis Cortes, y os haveis alzado con el Condado, debeis por ello ser presso, y despues de

esto me haveis hecho muchos deservicios, y enojos. El Conde le respondiò: Señor, no plega à Dios, que yo me alcance con la tierra, ni vengo de tal Lugar para hacer tan gran deslealtad: y por cierto, señor, siempre os servi lealmente à todo mi poder. Y si dexè de venir, señor, à vuestras Cortes, fue porque la otra vez que à ellas vine fui maltratado de los Caballeros Leoneses. Y, Señor, si yo me alzara con la tierra, aun no ficiera tanto sin guisa, que me teneis mi hacer por fuerza. Y el Rey fue de esto enojado, y le mandò prender, y poner en hierros.

CAPITULO DIEZ Y OCHO.

Del consejo, que la Condesa Doña Sancha tuvo con los Grandes de Castilla para deliberacion del Conde Fernan Gonzalez su marido.

QUando los Castellanos supieron la prisión del Conde, hicieron mui grande llanto, y la Condesa pensò morir, y estuvo en tierra grande espacio amortecida; pero como era dueña de grande corazon, y amaba sobradamente a su marido, enviò por los Grandes de Castilla, para tener consejo à la deliberacion de el Conde, en lo qual tuvo grande diversidad: y ella determinò fingir, que iba en Romeria a Sant-Iago, y llevò consigo dos dueñas en abito de Romeras, y dos Caballeros ancianos, y quinientos de à caballo mui bien armados, y encavalgados, los quales hicieron omenage de sacar à su Señor de la prisión, ò morir en la demanda, y partieron todos con la Condesa de noche, y anduvieron siempre por los montes mui desnudos, hasta que llegaron à Mansilla, y apartaronse de Somoza, y hallaron un monte mui espeso, y alli todos se pusieron lo mas encubiertamente, que pudieron, y la Condesa los dexò alli, y se fue à Leon como Romera, con las dos Dueñas, y dos Caballeros, y enviò à decir à el Rey, como ella iba à Sant-Iago, y que le querra hacer reverencia. El Rey la saliò à recibir una legua mui honradamente: y hecha al Rey la reverencia, ella le suplicò, que le diesse licencia de vèr à su marido, y èl se lo otorgò, y despues que la Condesa huvo estado grande rato con el Conde, la Condesa enviò à suplicar al Rey, porque aquella

no-

noche mandasse sacar à su marido de los hierros, y el Rey se lo otorgò. Y assi se holgaron el Conde, y la Condesa, y dieron orden en su salida: y mandaron tres horas antes, que amaneciesse, el Conde, y la Condesa se levantaron, y la Condesa vistiò al Conde sus ropas, tocòlo, y rebozòlo mui bien, llegaron ambos à la puerta, y la Condesa hablò al Portero, rogandòle, que la abriesse, porque no perdiesse jornada: y como quiera, que el Portero dudasse en abrir, ella le hizo tales promessas, que la abriò, y el Conde saliò, y la Condesa se escondiò, demanera, que no pudo vèrla el Portero: y assi el Conde saliò, y se fue para un portal donde la Condesa le dixo, que hallaria un caballo, y los dos Caballeros que le estaban esperando, y el Conde cavalgò, y saliendo de la Villa lo mas encubiertamente que pudieron, y fueronse à mas andar al monte, donde los Castellanos estaban, y de alli se partieron para Castilla.

CAPITULO DIEZ Y NUEVE.

Del enojo que el Rey Don Sancho tuvo despues, que supo la deliberacion del Conde Fernan Gonzalez.

QUando el Rey supo la soltura del Conde, y el arte con que se havia soltado huvo tan gran enojo, como si perdiera el Reino, y fue luego à hablar con la Cōdesa, quexandose mucho de ella, por el engaño, que le havia hecho. Ella le respondiò, q̃ su merced no tuviesse por mal lo què havia hecho, que la razon la obligaba à hacerlo assi, y que su merced quando bien pensasse; hallaria, que ella por lo hecho era mas digna de galardon, que de pena; pero que en su poder estaba, que hiciesse de ella lo que quisiesse, que ya no le podia venir cosa, por grave que fuesse, porque se arrepintiesse de lo hecho. Y despues que el Rey oyò las cosas, que la Condesa le dixo, respondiò assi: Condesa, por cierto este cargo es mio, por el mal recado, que puse en el Conde vuestro marido, que cierto vos haveis hecho como mui noble dueña, y queda para satisfacer de vos gran renombre por esta cosa tan hazañosa, que vos hicisteis. Y mandò entonces à Caballeros de su Corte mucho honrados, que fuessen con ella, y la lle-

llevassen à Castilla mui honradamente al Conde su marido; y asi se hizo: y el Conde les recibiò mui bien, y diòles mui grandes dones, y asi los Leoneses se volvieron para el Rey mui contentos del Conde.

CAPITULO VEINTE.

Como el Conde Fernan Gonzalez despues que se vido libre en Castilla; enviò à demandar al Rèy Don Sancho el haber, que le debia del Azor, y del caballo.

DEspues que el Conde se viò en Castilla, enviò à demandar al Rey D. Sancho el haber que le debiera del Azor, y del caballo, q̃ le havia vendido, y el Rey no le respondiò como quisiera el Conde, mandò llamar a todas sus gentes, y entrò por el Reino de Leon, quemando, y robando quanto hallaba. Entonces el Rey enviò su Mayordomo con mucho haber, y mandole, que hiciesse cuenta con el Conde, y que le pagasse lo que le debia, y requiriesse al Conde, que tornasse todo lo que havia robado de su tierra; y quando vinieron a la cuenta, hallaron la suma ser tan grande que toda España no la pudiera pagar, y asi el Mayordomo se huvo de tornar con mal recaudo. Y el Rey llamò a sus Ricos Hombres, y Caballeros, y tenido su consejo, acordaron que se le debia dar el Condado franco, y quiero para èl, y para los que de èl viniessen, porque le diesse quieto del haber que le debia; asi saliò Castilla de la sujecion del Rey de Leon. En este tiempo huvo gran guerra entre los Gallegos, y el Rey Don Sancho fue para Galicia, è hizo gran justicia de los culpados, y algunos corriò hasta la ribera de Duero. Y el Conde Don Gonzalo, que era Señor de la Ciudad de Duero, como supo la venida del Rey, juntò mucha gente pensando vencerlo: y como supo que estaba mui poderoso, vinòse àzia el Rey, è hizòse mucho suyo. El Rey lo reciòiò mui bien, y èl hizo omenage de siempre servirle lealmente, y darle cada año cierto tributo por aquella tierra, mostrandole mucho ser su servidor: y traia una manzana envenenada, y la diò al Rey, como la comio sintiò el mal de la muerte, y conociò de donde le venia, y mandòle llevar à Leon, y de alli à tres dias muriò

riò en el camino, y fue sepultado en el Monasterio de San Salvador de Leon cerca de su Padre.

CAPITULO VEINTE Y UNO.

Del Rey Don Ramiro, tercero hijo del Rey Don Sancho el Gordo, y como los Normandos con gran Flota descendieron en Galicia.

MUerto el Rey D. Sancho, reinò Don Ramiro su hijo, y comenzò en el año del Señor de novecientos y treinta y siete años, y reinò veinte y cinco años, el qual hizo paces con los Moros, con condicion, que no ayudaria al Conde Fernan Gonzalez contra ellos, y los Moros juntaron tan grandes gentes, que el Conde no pudo salir à ellos, y tomaron entonces los Moros, las Villas de Simancas, y Dueñas, y Sepulveda, y Gormaz. Y andando tres años del reinado de el Rey Don Ramiro, mui gran gente de Normandos, con mui gran Flota descendieron en Galicia, y robaron la tierra, è hicieron en ella grandes males; ya que se iban à recoger à los Navios, el Conde D. Gonzalo Sanchez de Galicia saliò à ellos con gran poder, y peleò con ellos, y desbaratòlos, y matò, y prendiò muchos de ellos, y quemoles la Flota toda, y de tantos no quedò quien pudiesse llevar las nuevas, salvo los que quedaron pressos.

CAPITULO VEINTE Y DOS.

De como el Conde Fernan Gonzalez juntò su Exercito, y fue à correr à tierra de Moros, y prendiò, y matò muchos de ellos, y volviòse para Burgos, donde muriò.

EN este tiempo el Conde Fernan Gonzalez juntò mui grande Exercito, y fue à correr tierra de Moros, matò, y prendiò muchos de ellos, y volviòse à Burgos rico, y con gran honra, y como ya estaba mui quebrantado de los grandes trabajos de armas, que havia havido, adolesciò alli, y muriò en el año del Señor de novecientos y quarenta, y fue mucho llorado por Castilla y quedò

por

por Señor de ella el Conde Garci Fernandez su hijo. Este Rey Don Ramiro hizo paz con los Moros, por consejo de su Madre, porque le diessen el Cuerpo de San Pelayo, que havian en Cordoba martyrizado. Y mandòle traer honorablemente, y poner en el Monasterio de San Salvador de Leon; y en tiempo de este Rey Don Ramiro, casò en Burgos Doña Lambra con Ruy Velazquez por cuya causa murieron los siete Infantes de Lara; y con ellos Nuño Salido, su Ayo, y otros muchos Caballeros de Castilla, y despues los vengò un hermano suyo bastardo, llamado Mudarra Gonzalez, que tuvo su Padre Gonzalo Bustos en una Mora estando cautivo en Cordoba, el qual matò a Ruy Velazquez, y quemò à Doña Lambra. Este Conde Garci Fernandez, fue mui buen Caballero, acrecentò mucho los Caballeros de Galicia, que alzaron por Rey en la Iglesia de Sant-Iago à Don Bermudo, hijo del Rey Don Ordoño Tercero. Y quando lo supo el Rey D. Ramiro juntò su Exercito, y fue contra èl, y hallaronse en un Lugar, que se llamaban Portillo de Arenas, y tuvieron su batalla: en que muriò mucha gente de ambas partes, y ninguno tuvo la victoria, y cada uno de ellos se tornò à su tierra con perdida de mucha gente, y duro la guerra entre ellos dos años. En este tiempo un Rey Moro, llamado Alcoraxi, entrò por Portugal, y corriò toda la Tierra hasta Sant-Iago, y puso sitio sobre la Ciudad. Nuestro Señor mostrò alli tan gran Milagro, que cayò enfermedad sobre los Moros, y los mas de ellos, y su Rey murieron, y perdieron quanto traian, y los que escaparon de la enfermedad, murieron a manos de los Christianos, que apenas huvo quien llevasse las nuevas à su tierra, y no dice la Chronica, donde, ni como muriò este Rey.

AQUI COMIENZA LA HISTORIA, Y MUERTE DE LOS NOBLES Caballeros, y hermanos, los siete Infantes de Lara.

EN el quarto año del reinado del Rey Don Bermudo, que fue en el año de la Encarnacion de nuestro Señor Jesu Christo de doscientos setenta y cinco, casò un alto hombre de la Casa de Lara, que tenia nombre Rui Velazquez, con una noble Dueña, que decian Doña Lambra, muger de gran juicio, y de natural

Vigueña, prima hermana del Conde Garci Fernandez. Este Rui Velazquez era Señor de grande Estado, y mucha guisa, y hermano de una Dueña, que decian Doña Sancha, esta estaba casada con un Caballero mui honrado, y mui leal, que tenia por nombre Gonzalo Bustos, el qual era Señor de Salas. Y huvieron entrambos marido, y muger siete hijos, à los quales llamaban los siete Infantes de Lara. Estos siete Infantes criò un Caballero que havia nombrado Don Nuño Salido, y mostrarales todas buenas costumbres, y crianza, segun à grandes Caballeros convenia, y despues hizolos à todos siete Caballeros en un dia el Conde Garci Fernandez su Tio: y à este Rui Velazquez quando casò con Doña Lambra, hizo sus bodas en la Ciudad de Burgos, y vinieron alli de Castilla, y de Leon, y de Portugal, y de Norueña, y de Estremadura, y de Gascuña, de Aragon, y de Navarra, todos sus amigos, y otras gentes muchas. En estas bodas fue Gonzalo Bustos con su muger Doña Sancha, y con sus siete hijos los Infantes, y con Don Nuño Salido, el Ayo, que los criaba. Estas bodas fueron cinco semanas, y fueron hechas grandes alegrias ademàs: Y el Conde Garci Fernandez, y Ruy Velazquez, y todos los otros hombres que alli eran dieron en estas bodas sus haberes, y sus dones mui honradamente. Una semana antes, que las bodas se acabassen, mandò Ruy Velazquez alzar un tablado en la ribera junto al Rio: Los Caballeros vinieron à lancear aquel tablado; pero nunca ninguno de ellos pudo alcanzar suso, y otros los bofordaban, y un Caballero, primo hermano de Doña Lambra, que havia nombre Alvar Sanchez, quando vido, que ningun Caballero pudo quebrantar el tablado, ni ferir en èl, cavalgò en su caballo, y fue à lancear el tablado, y diò mui grande golpe encima de las tablas del tablado: Doña Lambra, que estaba mirando los Caballeros que bofordaban, quando viò el golpe, que Alvar Sanchez diò en el tablado, fue mui alegre, y dixo ante su cuñada Doña Sancha, que estaba alli con sus hijos todos siete: ved ahora, que Caballero tan esforzado es Alvar Sanchez, que de quantos Caballeros alli havia, ninguno pudo alcanzar, ni pudo dàr encima del tablado sino èl. Doña Sancha, y sus hijos, quando es-

to oyeron decir, tomaronse à reir: Mas como estaban los fiete Infantes assabotados en un juego, que jugaban, no se acordò ninguno de ellos de lo que dixo Doña Lambra, sino Gonzalo Gomez el menor, y mejor de ellos. Y este demandò por su caballo, y tomò un bofordo en la mano, y fuesse al tablado à huestos de sus hermanos, y no llevò consigo sino un Escudero que llevaba un Azor en la mano, y luego, que Gonzalo Gomez llegò al tablado, lanzò un bofordo, y diò un tan gran golpe, en el tablado, que quebrò una de las tablas de enmedio, y Don Sancha, y sus hijos tuvieron gran placer de el golpe, que diò Gonzalo Gomez, mas pesò mucho à Doña Lambra; los hijos de Doña Sancha cavalgaron entonces en sus caballos, y fueronse para su hermano Gonzalo Gomez que le temieron, que les viniesse por ello algun enojo por aquella razon. Alvar Sanchez con pesar de lo que hizo Gonzalo Gomez, comenzò à decir sus palabras con ufania, asi que le huvo de responder à ellas Gonzalo Gomez, y con el pesar que tuvo de aquello que le decia Alvar Sanchez, dexòle ir à èl, y le hizo una tan grande herida en el rostro, que le quebrò los dientes, y las quixadas, y algunos dicen, que cayò muerto del caballo en tierra. Doña Lambra quando aquello viò, comenzò à dar mui grandes voces, diciendo asi: Que nunca dueña fuera tan deshonrada à sus bodas como ella. Ruy Velazquez su marido, quando aquello viò, cavalgò con su caballo. y tomò una asta en la mano, y se fue para los siete Infantes, asi como llegò à ellos, diò una gran herida con aquella asta à Gonzalo Gomez encima de la cabeza; y quando Gonzalo Gomez se viò tan mal herido, dixo à su Tio Ruy Velazquez: Nunca yo os merecì, porque vos tan gran herida me diesses como esta; bien cuido, que soi ende muerto, pero ruego yo aqui à mis hermanos, que si yo muriere, que no os lo demanden: tanto yo ruego, que no me hieras otra vez, que no os lo podria sufrir. Ruy Velazquez con el pesar que tuvo de aquellas palabras, quisole herir otra vez con el astil por encima de la cabeza, mas no le acertò, sino en el hombro, y quebrantò el astil en èl, è hizole pedazos. Don Gonzalo Gomez tomò entonces el azor al Escudero, que no trahia otra ar-

ma,

ma; y diò con èl, y con el puño à vueltas à Ruy Velazquez una tan grande herida, que todo se lo deshizo en el rostro, y salióle luego la sangre por la boca, y por las narices; y quando Ruy Velazquez se viò tan mal heeido, comenzò à cometer voces, y decir armas, armas; los suyos parientes, y los sus amigos de Ruy Velazquez fueron alli llegados, los Infantes, otro si, con los suyos de su bando, que eran hasta trescientos Caballeros, quando aquello vieron, llegaronse todos à un lugar, que bien sabian, que à mal venia aquel pleyto, si Dios no lo remediasse, mas el Conde Garci Fernandez de Castilla, y Gonzalo Bustos, el Padre de los Infantes, quando aquello vieron, fueron allà, y pusieron paz entre ellos, en manera, que no huvo ende otro mal alguno, y quedaron todos amigos unos de otros. Y Gonzalo Bustos dixo entonces à Ruy Velazquez: Don Ruy Velazquez, haveis mucho menester à los Caballeros, y vos teneis el mayor prez de armas, que otro Caballero, que sea ahora, asi, de los Moros, como de los Christianos, por ende os han ahora grande invidia, y por donde tenia yo por bien, que os sirviessen mis hijos, y os guardassen, y que vos hagades do guisa, que valgan para vos mas. Ruy Velazquez le dixo, que le placia con ellos, que les haria toda la honra, que èl pudiesse, como à sus sobrinos. Y despues que todo esto fue librado, y las bodas acabadas, salieronse de Burgos el Conde Garci Fernandez, y Gonzalo Bustos, fueron con Ruy Velazquez, y otros muchos Caballeros. Y otro si, Doña Lambra, y su cuñada, y los siete Infantes, y Don Nuño Salido, su Ayo, fueron à Burgos con Doña Lambra en su compaña, y fueronse à Babardillo. Los Infantes por hacer à su cuñada Doña Lambra placer, fueronse por la ribera de Arlanzor, cazando con sus aves, y despues que llegaron los siete Infantes à Babardillo, entraron en una huerta, que alli havia à holgar: y Gonzalo Gomez comenzò entonces à bañar su azor, y Doña Lambra quando lo viò, que lo desamaba mucho de corazon, dixo à un hombre: Toma ahora un cohombro, è hinchelo de sangre, y vete para la huerta, y dà con èl à Gonzalo Gomez, aquel Caballero, que tiene azor en la mano, y vente para

 mi,

mi, que yo te defenderè. El hizolo afsi como Doña Lambra lo demandò: y los hermanos quando vieron afsi à fu hermano lleno de fangre pesòles de corazon, y huvieron fu acuerdo de vengar aquel hecho, y dixeron: Tomemos ahora nueftras efpadas con nueftros mantos, y vamos contra aquel peon; y fi vieremos, que nos entiende, y no ha miedo, entenderèmos que lo hizo con locura; mas fi huyere contra Doña Lambra, y ella lo focorriere, entenderèmos, que fue por fu confejo; y fi por ventura afsi fuere, no fe nos efcape à vida. Y defpues que efte confejo fue tomado, fueronfe para el Palacio, y quando el hombre los viò, huyò, y acogiòfe à Doña Lambra, y los Infantes dixeron entonces: Cuñada, no os entremetades folamente en no os amparar efte hombre. Y ella les dixo: Nunca mi vaffallo es; y fi alguna cofa os hizo, que no debieffe, emendaroslo puedo, y aconfejoos, que mientras èl fuere en mi poder, que no le hagais mal ninguno. Los fiete Infantes, quando aquello vieron, fueron mucho bravamente contra ella, y mataronle aquel hombre delante, y de la fangre, que caìa de las heridas, que le daban, untaronle las tocas y los paños de Doña Lambra, y defpues que los Infantes huvieron muerto aquel, cavalgaron en fus caballos, y tomaron à fu Madre Doña Sancha, y fueronfe para Salas, y Doña Lambra mandò entonces poner un lecho en el corral en medio de èl, cubierto de paños de muerto, è hizo alli mui gran duelo con todas fus Doncellas, llamandofe muchas vegedas viudas, defamparadas de marido, y de feñor.

Defpues que el Conde Fernan Gonzalez huvo andado por la tierra en rededor de Burgos, tornòfe para la Ciudad de Burgos, y entonces fe defpidieron de èl Ruy Velazquez, y Gonzalo Buftos, y fe fueron para Babardillo, donde tenian fus mugeres, yendo por la carrera, dixeronles, de como acaeciera el hecho de los Infantes con Doña Lambra. Don Rodrigo, y D. Gonzalo quando lo oyeron, pesòle mucho de corazon, y partieron de alli ambos, y el uno fe fue para Babardillo, y el otro para Salas. Doña Lambra quando viò à Don Rodrigo, fue à èl toda rafgada, y pidiòle, que le pefaffe mucho de la deshonra, que fus fobrinos

le

le havian hecho. Don Rodrigo le dixo: Doña Sancha, no os dè cuidado, que yo os darè de esto tal derecho, que todo el mundo haya de contar. Don Rodrigo no quiso esto retardar, y enviò luego à D. Gonzalo Bustos, que viniesse à èl, que tenia mucho que hablar con èl. Gonzalo Bustos vino con sus siete hijos, y tuvieron su habla, sobre la deshonra, que los siete Infantes hicieron à Doña Lambra, y pusieron alli su amor unos con otros, y los siete Infantes se metieron entonces en medio de D. Rodrigo, diciendole, que catasse èl, por quien se levantàra aquel hecho, y que hiciesse lo que por bien tuviesse, y fuesse derecho. Don Rodrigo comenzòles entonces à hablar, y assegurar con sus buenas palabras, porque no se catassen de èl. Don Rodrigo dixo entonces à Gonzalo Bustos: Cuñado, estas bodas que yo aora hice, costaronme mucho, y el Conde Garci Fernandez no me ayudò, assi como debiera, y yo cuidaba. Vos sabedes, como el Rey Almanzor me prometiò grande ayuda para ello, por lo que os ruego, que vayais à èl con mis cartas, y me lo saludes de mi parte, y vos decirle hedes la gran costa que yo hice en mis bodas, que havia mucho menester de su ayuda que yo sè mui bien, que èl os darà grande haber. Gonzalo Bustos le dixo: Don Rodrigo, mucho me place de hacer vuestro ruego. Ruy Velazquez partiòse luego à un Palacio con un Moro ladino, è hizo dos cartas en Arabigo, y decian assi: A vos Almanzor, de mi Ruy Velazquez, salud. Hagoos saber, que sus hijos de este Gonzalo Bustos de Salas, que a vos esta carta darà, que deshonraron mal à mi, y à mi muger, porque no puedo acà vengarme de ellos en tierra de Christianos, os los envio yo por donde este su Padre, que le hagais luego descabezar, y yo sacarè mi Exercito, y llevarè conmigo à sus siete hijos, è irè à pelar con ellos à Almenara, y vos enviad ende à Aliara, y a Galve con vuestro Exercito, y los meterè en su poder a mis sobrinos los siete Infantes, y descabezarlos luego: que si vos estos huvieredes muerto, luego tendreis vos la tierra de los Christianos a vuestra voluntad, que estos os son los mas contrarios Caballeros, que todos los otros, que ai ay, y en que mas esfuerzo halla el Conde Garci Fernandez. Despues que la carta huvo hecho, descabezò luego al Moro el dicho Ruy Velazquez, porque no le descubriesse, y diò la carta a Gonzalo de Bustos, y di-

dixole: Cuñado, despedios luego de Doña Sancha mi hermana; y vuestra muger, è idos para Cordoba, que tiempo serà, è hizolo assi, no entendiendo mal ninguno. Y luego que llegò à Cordoba, diò la carta al Rey Almanzor, dixòle assi: Almanzor, saludavos mucho vuestro amigo Ruy Velazquez, y os envia à rogar, que le envieis respuesta de lo que en esta carta os envia à decir. El Rey Almanzor leyò la carta, y quando viò la enemiga, que Ruy Velazquez tenia con Gonzalo de Bustos, y con sus hijos los siete Infantes, rompiò la carta, y dixo à Gonzalo Bustos: Què carta es esta, que trahes aqui? El le dixo: Señor Almanzor, no lo sè. Almanzor le dixo: Sepas, que Ruy Velazquez me envia à decir en estas cartas, que te descabece luego; mas yo no lo quiero hacer: pero te he de mandar poner en la carcel. Entonces mandò à una Mora honrada, que lo sirviesse, y lo guardasse: y assi fue, que andando el tiempo se huvieron de enamorar ambos, Gonzalo Bustos de la Mora, y la Mora de èl, y tuvieron ambos un hijo, que saliò despues buen Caballero, y mui esforzado, que llamaron Mudarra Gonzalez; y Mudarra Gonzalez vengò despues à su Padre, y sus hermanos los siete Infantes, de la traicion, que Ruy Velazquez les urdiò, por donde fueron muertos.

Despues que Ruy Velazquez huvo enviado à Gonzalo Bustos à Cordoba, hablò con sus sobrinos los siete Infantes, y dixoles: Tengo por bien, que mientras vuestro Padre es ido à Cordoba al Rey Almanzor, de hacer una corrida hasta Almenara, y vos tuvieredes por bien de ir conmigo, placerme ha ir con vosotros, sino fincad en la tierra, y guardadla. Ellos le dixeron: Don Rodrigo, no se me harà agassajo de vos ir en Exercito, y nos fincar en la tierra. Y èl les dixo: Guiad vos, è id conmigo. Entonces embiò à decir Ruy Velazquez por toda la tierra, que todos los que quisiessen ir con èl en compañia, que se previniessen, y viniessen para èl: las gentes quando oyeron decir, que Ruy Velazquez queria ir en su cõpañia, fueron mui alegres, y vinieronse muchos para èl, porque este Ruy Velazquez era mucho aventurado siempre en los Exercitos, que hacia. Ruy Velazquez quando viò las gentes muchas, ademàs enviò à decir à sus sobrinos, que fuessen en pos de èl, que èl los atenderia en la Vega de Febros,

bros, y saliò luego de Babardillo con aquellas gentes, que tenia à mano, y fuesse assi. Los siete Infantes otro si juntaronse mui bien, y fueronse en pos de èl, y quando llegaron à un pinar que alli estaba en la carrera, cataron por agueros, y vieron malas aves. Don Nuño Salido tuvo mui gran pesar, y por los agueros, que viò malos, les dixo à los siete Infantes, que tornassen à Salas, que no les hacia menester de ir delante. Gonzalo Gomez el menor de los siete Infantes, le dìxo: Don Nuño Salido, no dices nada, los agueros no se entienden por nos sino por aquel que hace la hueste, y yo por menor de todos; mas vos que sois ya viejo, y no sois para batalla, volveos, que todavia nos ir queremos con nuestro Tio Ruy Velazquez. Nuño Salido, dixo: Hijos bien os digo la verdad, que me pesa mucho de corazon, porque esta carrera quereis hacer; que tales agueros vi yo ahora, porque nunca tornarèmos à nuestros Lugares. Gonzalo Gomez le dixo: Nuño Salido, callad vos de esta razon, y no hableis mas, que no os creemos de cosa, que aì digais. Nuño Salido les dixo: Pesame mucho, porque no me creeis ahora; que bien sè, que nunca jamàs nos verèmos, y despidome de vos ahora. Entonces se tornò Don Nuño Salido, los siete Infantes fueronse su via. Don Nuño Salido, yendose assi para su camino pensò que hacia grande maldad en dexar assi aquellos q̃ tan largamente criara, por miedo de la muerte, y dixo: Mas guisado es que vaya donde quiera que la muerte pueda emprender, que no aquellos, que son mancebos para vivir; quanto mas, que quando Ruy Velazquez tornasse à la tierra, me matarà por ello; y aun sin esto todos diràn, que yo les basteceria la muerte, y por mi consejo murieran; esto seria para mi mala fama, en ser honrado en la mancebia, y ahora ser deshonrado en mi vejez. Assi como todo esto pensò, tornòse para los siete Infantes, sus criados. Quando los siete Infantes llegaron à Febros, salìoles à recibir Ruy Velazquez su Tio: y preguntoles luego por Don Nuño Salido, y ellos contaronle todo, como acaeciera sobre los agueros. Y Ruy Velazquez quando lo oyò, pesòle mucho; pero dixoles con falsas, y engañosas palabras: Sobrinos, essos agueros, que visteis muchos son buenos, que nos dan à entender, que ganarèmos grande algo, y de lo nuestro no

perderèmos nada, è hizolo mal D. Nuño Salido, que no vino con vos; y mande Dios que se arrepienta de ello; y en esto llegò Don Nuño Salido, y los Infantes quando lo vieron, tuvieron mui gran placer, y lo recibieron mui bien: Ruy Velazquez le dixo: Nuno Salido, siempre fuisteis mi contrario, y aun lo sabeis: quiera Dios, que haya de vos algun derecho. Nuño Salido le dixo: Don Rodrigo, yo nunca anduve con falsedad, sino siempre con verdad, y por ende digo: qualquiera, que dixere, los agueros que nos vimos, que son buenos para ganar: Digo que miente como alevoso, y que no dixo en esso verdad, mas porque tiene ya la traicion aconsejada, dixo esto. Esto decia èl, porque sabia de Ruy Velazquez lo dixera. Ruy Velazquez quando vido, que contra èl dixera Nuño Salido aquello, tuvose por deshonrado, y dixo contra sus vassallos: En mal dia vos doi Soldados, ò assi me deshonrò Nuño Salido, y no me dais derecho de èl. Quando esto oyò un Caballero, que se decia Gonzalo Sanchez, tomò una espada, y fue mui aina para dar con ella a Nuño Salido; y Gonzalo Gomez, que era el menor de los Infantes, quando aquello viò, fue para el Caballero, y con un puñal que tenia en la cinta diòle una puñalada en el rostro, que diò con èl en tierra à los pies de Ruy Velazquez, y aun dicen lo matò. Ruy Velazquez, quando esto viò, diò voces a sus Caballeros, y dixo: Armas, armas, que se queria vengar de sus sobrinos, si pudiesse. Los siete Infantes, y D. Nuño Salido con ellos, apartaronse à un Lugar con doscientos Caballeros, que tenian, que bien entendieron q̃ tenia Ruy Velazquez gana de matarse con ellos. Los Infantes estando assi apartados, hicieron sus haces los unos contra los otros, y dixo Gonzalo Gomez à Ruy Velazquez, què es esto? què quereis? à què nos sacasteis de la tierra para ir contra los Moros, y aora quereis que nos matemos los unos con los otros: ciertamente no lo tengo por bien; pero si vos teneis alguna querella de nos, la hemos de emendar, assi como vos tuvieredes por bien. Ruy Velazquez, despues que viò, que no podia hacer mas, ni cumplir su voluntad, como èl queria, dixo, que decia mui bien, y que le placia mucho de ello.

Despues que todos fueron avenidos, y metidos en amor, movieron de alli, y fueronse para Almenara, y D. Rodrigo metiò:

tiòse en celada con todos los suyos, y mandò à los siete Infantes, que fuessen à correr el campo. Don Rodrigo havia ya enviado à decir à los Moros, que echassen à aquella hora el ganado, los siete Infantes, por hacer aquello, que Ruy Velazquez les mandara, dixoles su Ayo Nuño Salido: Hijos, no querais ir à tomar ganancias, que no os son provechosas, que un poco mas queredes atender, muchos Moros, y mas ganados veredes: Ellos en esto estando, vieron assomar mas de diez mil entre señas, y pendones. Gonzalo Gomez dixo entonces à Ruy Velazquez: Don Rodrigo, què señas son aquellas, que alli assoman? Ruy Velazquez le dixo: No tengais miedo, que yo corri este campo ya otras veces, y llevè de aqui grandes robos, y grandes ganancias, y nunca hallè Moro que me lo estorvasse: Aquellos Moros, quando lo saben, vienen alli hasta con sus pendones, y sus gentes, assi como ahora veis: y por ende vos digo, que no tengais miedo ninguno, y corred el campo bien, hasta donde quisieredes, que si menester fuere, lo que soi cierto que no serà, porque vosotros sois tan grandes Caballeros, yo vos socorrerè. Todas estas palabras, que Ruy Velazquez decia, eran con engaño, y falsedad, que en su corazon tenia Ruy Velazquez. Despues que esto huvo dicho, fuesse à ver con los Moros à hurto de sus sobrinos los Infantes, y dixoles, que procurassen por lidiar con los siete Infantes, que no tenian consigo, sino doscientos Caballeros, que los ayudassen, y procurassen en todas maneras, como los matassen, à todos. Nuño Salido fue junto de Ruy Velazquez, porque lo viò ir à los Moros, y quando oyò aquello decir, comenzò à meter voces, y comenzò à decir: Ha traidor, hombre malo, como vas, traidor, à vender tus sobrinos los siete Infantes, y à mi, y à estos Caballeros à los enemigos de nuestra Santa Fè? Dios te dè por ellos mal galardon, que por quanto el Mundo durare hablaràn de esta gran falsedad, y traicion que has cometido, y puesto en obra: luego que esto huvo dicho Nuño Salido, tornose à mas andar à sus criados los siete Infantes, y dixoles: Hijos, armaos apriessa, que vuestro tio Ruy Velazquez, y los Moros todos son de un

consejo para vos matar. Los Infantes quando esto oyeron, armaronse lo mas apriessa que pudieron ellos, y toda su gente, y los Moros como eran muchos, ademàs hicieronse quince hileras, y fueronse contra los siete Infantes, y cercaronlos en rededor todos. Nuño Salido comenzòles entonces à esforzar, diciendoles: Hijos, fincadvos, y no temais, que los agueros que os dixe, que eran malos, no lo son, antes son buenos, que nos dan à entender, que vencerèmos, y ganarèmos algo de nuestros enemigos, ya os digo, que quiero luego ir aquella faz primera, que de aqui adelante os encomendarè à Dios: y luego que esto dixo, fue à pelear con los Moros, y matò muchos; mas los Moros como eran muchos, cercaronlo los unos, y los otros, y mataronlo; y tanto recio lidiaron alli los Christianos, que mataron muchos ademàs; pero al cabo de los Christianos murieron los doscientos Caballeros de los siete Infantes, assi que no quedaron sino los siete hermanos solos: ellos quando vieron que no tenian sino morir, entonces encomendaronse à Dios, y al Apostol Sant Iago, y fueron à herir à los Moros, y tan de recio los acometieron, y à tantos mataron, que ningun Moro se les ossaba parar delante, empero tantos eran los Moros, y ellos tan pocos, que no se podian ya defender. Y Fernan Gonzalez uno de los siete Infantes, dixo a sus hermanos: Hermanos, esforcemonos quanto pudieremos, y lidiemos todos de corazon, que ya no tenèmos à otro à quien nos tornar, ni quien nos ayude, sino solo Dios, pues que nuestro amo Nuño Salido, y nuestros Caballeros havemos perdido, conviene que los venguemos, ò que aqui muramos todos con ellos; y si por ventura cansaremos, alcemonos aqui en esta cabeza, hasta que holguemos; y descansemos. Entonces acometieron de cabo à los Moros, y de tan recio lidiaron, que mataron muchos Moros, pero al cabo andando todos revueltos, mataron en la prissa à Fernan Gonzalez, uno de los Infantes, despues que fueron cansados, salieron à essa hora de entre los Moros, y alzaronse à donde dixeran, y limpiaron sus caras de polvo, que era mui grande, y del sudor; y quando no vieron à su hermano

Fer-

Fernan' Gonzalez tuvieron tan grande peſar, porque no ſabian ſi era muerto, ò cautivo.

Eſtando aſsi todos ſeis Infantes, tuvieron ſu acuerdo de enviar à pedir treguas à Aliata, y à Galbe, que Bobalìas le llamaba, los quales eran Caudillos de los Moros, haſta que hablaſſen con Ruy Velazquez, y los Moros dieronſelas, y Gonzalo Gomez el menor, fue à donde eſtaba Ruy Velazquez, ſu Tio, y dixole, como los tenian los Moros en gran aprieto, y de como les havian los Moros muerto à Don Nuño Salido, ſu Ayo, y à Fernan Gonzalez ſu hermano, y a los doſcientos Caballeros, que ſi le parecia les fueſſe a ſocorrer èl, como ſe lo havia prometido, Ruy Velazquez les dixo: Sobrino, id vos a la buena ventura como cuidadades vos, que havia olvidado la deshonra, que me hiciſteis en Burgos, quando mataſteis a Alvar Sanchez, y la que hiciſteis à mi muger Doña Lambra; quando mataſteis al hombre delante, y la muerte del Caballero, que mataſteis en Febros: Sobrinos, buenos Caballeros ſois, procurad ampararos quanto pudieredes, que en mi ya no podeis tener ayuda ninguna. Gonzalo Gomez quando eſto oyò, fue en buſca de ſus hermanos, y dixoles todo lo que havia dicho Ruy Velazquez. Ellos eſtando mui entriſtecidos, por ſer aſsi ſolos, metiò Dios en el corazon a algunos de los Chriſtianos, que eſtaban con Ruy Velazquez, que los vinieſſen a ayudar, y morir con ellos, y partieronſe de la guerra, haſta mil Caballeros, y ellos yendoſe para ayudar a los ſiete Infantes, fue luego Ruy Velazquez en buſca de ellos, è hizolos tornar, diciendo aſsi: Amigos, dexad vos a mis ſobrinos, mueſtrenſe a lidiar, que ſi meneſter fuere, yo los irè à ayudar. Mas empero luego que llegaron al Exercito, ſalieron de ellos a hurto de Don Rodrigo, dos a dos, y tres a tres, lo mejor que ellos podian, que fueron haſta treſcientos Caballeros, y fueronſe a donde vieron los Infantes, y quando lo vieron los Infantes, fueron mui alegres, y fueron à herir en los Moros de recio, que mataron luego de aquella vez mas de dos mil Moros; mas empero al cabo, como los Moros eran tantos, mataron los treſcientos Caballeros, que havian venido

nido por ayudar a los Infantes, y los Infantes eſtaban ya tan canſados, que no podian ya mandar las manos como havian peleado deſde la mañana haſta la hora de Viſperas: y como los Moros los vieron aſsi ſolos, y tan canſados, mandaron tocar los añafiles, y tambores, y vinieron ſobre todos ſeis hermanos, tan eſpeſos como lluvia quando cae, aſsi ſe volviò alla, haciendo, como de Cabo, y tan esforzadamente lidiaron alli aquellos ſeis Infantes, que antes que ninguno de ellos murieſſe, mataron dos mil y ſetenta Moros, y como quiera que todos ſeis hermanos anduvieſſen bien, y mucho esforzados, no lo podian ya ſufrir; pero Gonzalo Gomez, el menor de ellos, eſte hacia los grandes hechos, y mayor mortandad en los Moros, que otro ninguno: pero ya en todo eſto no trahian armas con que lidiar: que las lanzas eran quebradas, y las eſpadas tan rotas, que ya no cortaban nada. Los Moros quando vieron, que comenzaban a afloxar, cercaronlo al rededor, y les mataron luego los caballos, y prendieronlos a ellos, y deſcabezaronlos uno a uno, aſsi como nacieron. Gonzalo Gomez, el menor, quando viò a ſus hermanos muertos, que quedò a la poſtre, con la gran laſtima que tuvo en ſu corazon dexoſe ir al Moro, que los deſcabezaba, y diòle una tan gran puñalada en la garganta, q̃ luego cayò muerto en tierra, y tomòle la eſpada de la mano, y matò con ella mas de veinte Moros de aquellos que eſtaban a el rededor de èl; mas los Moros quando eſto vieron, tornaronlo a cercar, prendieronlo, y le quitaron la cabeza. Y deſpues que todos fueron muertos, aſsi como diximos, deſpidiòſe Ruy Velazquez de los Moros, tornòſe a vivir en ſu Lugar, y los Moros ſe fueron para Cordoba, y llevaron las cabezas de los ſiete Infantes, y la de Nuño, ſu Ayo con ellas.

Aliatà, y Bobalias ſe partieron de Almenàra, donde fue la batalla, y luego que llegaron a Cordoba, ſe fueron derechos para Almanzor, y preſentaronle las ſiete cabezas de los ſiete Infantes, y la de Nuño Salido. Almanzor mandòlas luego tomar, y lavar con agua de aquella ſangre, que trahian de sì, y mandòlas poner en una ſabana blanca en medio de ſu Palacio: deſpues que eſto fuè hecho, fue Almanzor à la carcel, donde eſtaba Gon-

zalo

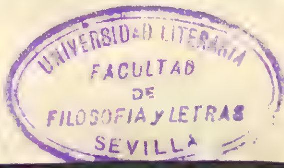
zalo Bustos, y dixole: Gonzalo, yo enviè mi Exercito a tierra de Christianos, y tuvieron batalla con ellos, y fueron vencidos los Christianos, y traxeronme aora siete cabezas, y una de un hombre de gran edad: quierote sacar fuera, por vèr si tas podràs conocer: esto le decia èl, como si no supiesse cuyas eran. Gonzalo Bustos le dixo: Si yo las veo, decirte he cuyas son, y de què Lugar, que no hai Caballero en Castilla, que yo no conozca bien. Almanzor mandòle sacar, y mostrandole las cabezas, quando Gonzalo Bustos viò las cabezas, y las conociò, cayò en tierra como muerto; y despues que tornò en sì, dixo a Almanzor, llorando mucho de los ojos: estas cabezas, yo conozco, que son las de mis hijos los siete Infantes de Lara, y esta otra de Nuño Salido, su Ayo, que los criò. Gonzalo Bustos, dichas estas palabras llorando, hacia el mayor duelo del Mundo por sus hijos, y recontaba alli todos los buenos hechos, que cada uno de ellos hiciera. Despues desto, con gran desconsuelo, que havia en su corazon fue a tomar una espada, que estaba en el Palacio del Rey colgada, y màtò con ella ante Almanzor siete Moros; esto sin que lo mandasse matar: los Moros quando vieron aquello, asieron de èl luego, y no le dexaron hacer mas. Gonzalo Bustos rogò entonces a Almanzor, que lo mandasse matar, diciendo, que mas queria morir, que no vivir con tal lastima. Almanzor con el gran duelo que huvo de èl, mandò, que ninguno le hiciesse mal. Gonzalo Bustos estando assi en su quebranto, haciendo su duelo, llegò la Mora, que lo servia en la carcel, y comenzòle a confortar. Deciale, esforzado señor Don Gonzalo, dexad de llorar, y de haver pesar de vos, que yo soi muger, y tuve doce hijos Caballeros, y a todos me los mataron en un dia en la batalla: empero no me dexè de confortar por esso, y soi muger, y me esforcè, y no me doi por ello nada, quanto mas vos que sois Caballero, que por vos llorar mucho por vuestros hijos jamas lo podreis cobrar. Almanzor le dixo entonces: Gonzalo Bustos, yo he gran duelo de ti por este quebranto, que te vino, y por donde yo te suelto de la prision donde estàs, y te darè lo que huvieres menester, y las cabezas de tus hijos, si las quieres llevar, y vete en buen hora por tu tierra. Gonzalo

Bus-

Bustos dixo: Almanzor, Dios vos agradezca el bien; y la merced, que me hacedes. La Mora, que servia a Gonzalo Bustos, sacòlo a parte entonces, y dixole: Don Gonzalo, ya sabes como estoi de vos preñada, y ruegoos, que me digades, que tenedes por bien que haga yo en ello. El dixo: Si fuere varon, lo has de dar a criar a dos Amas, y despues que fuere de edad, que entendiere bien, y mal, les has de decir como es mi hijo, y me lo has de enviar a Salas. Luego que esto le dixo, tomò una sortija de oro, que el trahia en el dedo, y la partiò por medio, y la diò a ella la mitad, que tuviesse en señal, y dixola: Esta media sortija guardadla bien aora; y despues que este niño fuere criado, me le has de enviar, y se la has de dar, para que la lleve consigo, porque yo le conozca por ella. Despues que esto huvo hablado Don Gonzalo, despidiòse de Almanzor, y de todos los otros Moros honrados, que alli estaban, y de aquella Mora, y fuesse para Salas: y luego que D. Gonzalo se fuè, la Mora que os diximos, despues a pocos dias pariò un hijo. Almanzor lo diò a criar a dos Amas, y pusole por nombre Mudarra Gonzalez.

En el catorceno año del reinado del Rey Don Bermudo, que fue en la Era de mil y trecientos años, y de la Encarnacion de Nuestro Señor Jesu Christo de novecientos y sesenta y cinco años, cumplò Mudarra Gonzalez diez y seis, è hizole Caballero Almanzor, porque lo amaba mucho, y porque lo via buen doncel, y de buen seso, y hombre de recaudo, de buenas mañas, y mucho esfuerzo, que el dia que le armò Caballero Almanzor, armò tambien doscientos Caballeros, los quales eran parientes de Mudarra Gonzalez, por suyos que lo guardassen, y lo siguiessen como a señor. Este Mudarra Gonzalez saliò tan buen Caballero, y tan esforzado, que sacando a Almanzor, no lo havia otro mejor en todos los Moros, y sabia mui bien, como su Padre estaba presso, y sufriera mucha laceria en la prision, y como sus hermanos, otro si, fueran muertos a traicion, que su Madre lo informò de todo ello, y le diò la media sortija, que el Padre la dexàra en señal, porque con ella lo conociesse. Entonces le siguiò mui bien, y dixo à su Medre, que queria saber de su Padre, si era vivo, ò no: y que si vivo lo hallasse, que

èl



èl volveria por ella; si ella quisiesse ir con èl; y luego se despidiò de ella, y se fue para el Rey Almanzor, y dixole esta misma razon, y que queria ir a saber de su Padre, si èl lo tuviesse por bien. Almanzor le dixo, que le placia, y que fuesse en buena ventura. Entonces se despidiò de èl, y de todos los otros Moros honrados, y se fueron sus Caballeros, los quales le havia dado Almanzor. Despues que Mudarra Gonzalez llegò a Salas, preguntò por Gonzalo Bastos, si estaba alli. Don Gonzalo quando viò tantos buenos Caballeros, preguntò quien eran? Mudarra Gonzalez le dixo entonces: Don Gonzalo yo soi vuestro hijo, y nacì en Cordoba; y porque sepas si es assi, catad aqui la mitad de la sortija, que vos disteis à mi Madre en señal. Don Gonzalo quando viò la media sortija, luego conociò como era su hijo, y plugòle mucho de corazon, y fue mui alegre con èl: despues de esto pocos dias, dixo Mudarra Gonzalez a su Padre Don Gonzalo: Yo vine aqui por saber de vos, como era vuestra hacienda, y por vengar, otro si, vuestra deshonra, y la muerte de mis hermanos los siete Ifantes; pues era verdad, menester es que no prolonguemos mucho este pleito. Entonces cavalgaron todos, y fueronse para Burgos, donde a la sazon se hallaba el Conde Garci Fernandez, y Ruy Velazquez con èl. Mudarra Gonzalez luego que llegò, y le enseñaron a Ruy Velazquez, desafiole ante el Conde Garci Fernandez, llamandole traidor, y alevoso a Dios, y a su Tierra. Ruy Velazquez le dixo, que no se le daba nada por su desafiamento. Mudarra Gonzalez tuvo mui grande pesar de esto, y arremetiò a èl, por le dar con la espada; mas el Conde Garci Fernandez le travò del brazo, y no se lo dexò hacer, è hizòle dar treguas por tres dias, que no pudo mas con Mudarra Gonzalez. Entonces se despidieron todos del Conde, se fueron para sus Lugares: pero no se fue esse dia Ruy Velazquez, porque no ofsò salir de Burgos; y otro dia saliò dende, y se fue para Babardillo; mas no llegò esse dia alla, que espero la noche por ir mas encubierto: pero Mudarra Gonzalez, no dormia, que lo estaba esperando a las puertas de èl, y quando fue otro dia por la mañana, passando Ruy Velazquez por aquel lugar Mudarra Gonzalez lo viò, y dixole: Ha Don traidor, que ahora pagareis toda la traicion, que teneis hecha,

Don alevoso: y esto dicho, dexòse ir a èl, tomòle, è hizole en vida pedazos bien pequeños, y despues mandò matar a todos quantos con èl venian, y no perdonò a ninguno. Y despues de alli a poco tiempo muriò el Conde Garci Gonzalez, y luego Mudarra Gonzalez prendiò a Doña Lambra, è hizola quemar, esto porque mientras el Conde era vivo se lo rogò, por quanto era su pariente. Aora sabed, los que esta Historia oyeredes leer, que quando Mudarra Gonzalez llegò a Salas, que vino de Cordoba, que su Padre le hizo baptizar, y a todos los que con èl vinieron, porque lo demandaron todos, pues Mudarra Gonzalez se tornaba Christiano, ellos lo querian ser, y despues quanto viviò fue un buen Caballero, y mui esforzado, è hizo muchas buenas cosas de armas.

LAUS DEO.



